



San Juan María Vianney
4 de agosto

4 de agosto

San Juan María Vianney

1786–1859 • Francia

Al crecer en una granja en Francia, a Juan María Vianney se le daba mejor arar los campos que estudiar. No había ido a la escuela cuando era pequeño, así que a medida que iba creciendo, aprender era una lucha dolorosa. Pero Juan María tenía una buena razón para esforzarse y trabajar duro en sus estudios. Quería ser sacerdote.

Para convertirse en sacerdote, Juan María tuvo que aprobar un examen para ingresar al seminario (donde se estudia para ser sacerdote). Una vez dentro del seminario, tendría que estudiar filosofía, teología y latín para aprender sobre la fe. Juan María sabía que él no era muy inteligente, pero eso no le impidió esforzarse mucho. Sus maestros también se esforzaron en ayudarlo. Sabían que Juan María no era su alumno más inteligente. Pero sabían que él era algo más importante, era un joven santo. Sabían que sería un sacerdote maravilloso.

Juan María reprobó su primer examen para el seminario. Aún así, no se dio por vencido. Tres meses después, aprobó el examen en su segundo intento y pronto se convirtió en sacerdote a la edad de veintinueve años. Pero a pesar de que ahora era sacerdote, sus luchas continuaban sin cesar.

Se convirtió en párroco de un pequeño pueblo llamado Ars. La gente de Ars no oraba y la iglesia estaba vacía. Sin embargo, tenían curiosidad acerca de su nuevo sacerdote. Primero una persona, y luego otra, fueron a Misa para escuchar su predicación. Su predicación era diferente a la de otros sacerdotes que conocían. Sus palabras eran santas pero también llenas de sentido común. Lentamente, los bancos de la iglesia se iban llenando a medida que más y más personas asistían a la misa dominical.

La gente del pueblo también acudió a confesarse. Sus sencillas y santas palabras los llenaron de tristeza por sus pecados. Si alguien olvidaba confesar un pecado, él podía ver milagrosamente el corazón de esa persona y recordarle el pecado olvidado. La fama de Juan María como confesor se extendió. Personas de otras ciudades de Francia e incluso de diferentes países acudieron en masa a Ars para confesar sus pecados con el Padre Juan María Vianney. ¡Había tanta gente en fila, que escuchaba confesiones dieciséis y a veces dieciocho horas al día!

Cerca del final de su vida, su voz se volvió tan débil que apenas se podía escuchar. Pero aun así la gente acudía a la confesión para que sus pecados pudieran ser perdonados y para poder escuchar sus palabras de santidad y sentido común. El Padre Juan María Vianney sirvió al pueblo de Ars hasta su muerte, en olor de santidad.

¡San Juan María Vianney, ayúdame a arrepentirme de mis pecados!